

saludan entre ellos, tan sólo deambulan, espantan a los niños, impregnan de flatulencias las calles, roban el buen ánimo. Y es que la suma de historias de todos los muertos da como resultado una espesa idea. París debe ser así: una espesa idea.

Hoy hubo una fiesta, un matrimonio húngaro. A las nueve de la mañana, los invitados y los novios (ella de blanco, esperando su primer hijo, vaca rosa de Chagall; él despeinado y obtuso, figura de Kandinsky), hicieron un círculo a la mitad de la calle. El escaso tráfico les permitió bailar dos rondas. El tío de la novia tocaba el acordeón, una abuela aplaudía y todos cantaban. Giraban moviendo los vientos, brincaban para sacudir lo eterno. Bebieron y comieron unos bocadillos. Media hora después, los devotos del ritual salieron en varios vehículos rumbo al templo. La escena se fragmentó con su partida. Augurios y bendiciones brotaron de labios y de algunas almas. Risotadas. Qué día extraordinario. Me regocijo de presenciar un ritual humano.

El señor de enfrente, el gemebundo, simplemente desapareció. Me imagino en dónde está. No es conveniente dejar el portón abierto ni confiar en aquellos que suenan nuestro timbre. En seguida entra la Muerte. El perro blanco y gris sabía de esto el día que toqué a su puerta y la señora, con su falda a rombos, me invitó a pasar. Bebimos té y después salimos a dar un paseo por Gambeta. Rodeamos el panteón de Père Lachaise y ahí la dejé con su perro y su abrigo de peluche. Lo que aconteció después de mi partida no me compromete. Decidí quedarme en la casa de la muerta —la del abrigo de peluche— porque fue la única que me permitió entrar y además tiene dos ventanas: una que da a la rue Boyer y otra hacia la rue L. Savart.

El paseo del perro inicia en el cementerio y finaliza en el portón de su morada. Me observa desde abajo, una desazón le roe la espina dorsal, la cola de alambre se retuerce buscando el piso, sus ojos se humedecen, voltea a verme y yo lo saludo y sonrío. Cuando se repone, busca a su dueña. Ya no está. Y así cada día, de la cinco de la tarde a las cinco y cuarto, el perro vuelve a los jardines que rodean el Père Lachaise para echarse debajo de una banca y esperar la jornada siguiente: su dueña lo llamará, le dará un pedazo de pan, le frotará el lomo y le recordará cuánto lo extraña.